TONIA ETXARRI

HILAR FINO

Tendrán que andar con pies de plomo. Los representantes políticos vascos, si quieren evitar la equiparación de la violencia terrorista con los casos de excesos y malos tratos reconocidos en la lucha antiterrorista y que todos repudian, deberán despejar el campo de dudas. La izquierda abertzale está centrada en reconstruir la historia de tantos años de persecución ciudadana por parte de ETA como si en este país hubieran existido dos violencias análogas, con víctimas en los dos lados.

Y en ese empeño por 'irlandizar' Euskadi, lo están haciendo bien. Hay que reconocerlo. Por su constancia y por su poder de persuasión. Hasta el punto de que el Gobierno vasco se ha ido enredando en la madeja de las consideraciones sobre las víctimas «de motivación política». Y cuando sale a colación la necesidad de no cerrar en falso el relato sobre lo ocurrido durante los cincuenta años de terrorismo, el nudo se tensa y engrosa en torno a nuestra particular memoria histórica. Y se percibe el desencuentro. Entre quienes piensan que hay que recorrer el camino despacio y quienes tienen prisa por olvidar lo ocurrido. Y da la impresión de que el reloj no es que se pare, sino que va paralizando a quienes no quieren ni imaginar que los que provocaron tanto dolor puedan llegar a verse finalmente tratados como unos ciudadanos descarriados a los que se les acaba dando una palmada en el hombro porque se les agradece que hayan dejado de matar.

Una situación de vacío que la izquierda abertzale sabe manejar hábilmente para llenar el hueco con la propaganda recurrente sobre las zancadillas que, en su opinión, pone el Estado de Derecho. Ayer, los representantes del Acuerdo de Gernika, que pertenecen, entre otros, a los mismos partidos que sostienen Bildu, se plantaron cerca del despacho de la responsable de Instituciones Penitenciarias, Mercedes Gallizo, para advertirle, a pesar de que no fueron recibidos por la Administración, que es «contraproducente» impedir a los presos de ETA debatir sobre sus iniciativas. Unas horas antes, Patxi Zabaleta, desde Aralar, le había afeado al lehendakari, a través de los micrófonos, que en el plan de paz que dará a conocer el próximo día 29 ante el pleno del Parlamento vasco, no esté teniendo en cuenta a «los presos políticos».

Un lenguaje tan manido por la izquierda abertzale y, sin embargo, tan nocivo para aquellos ciudadanos que entienden, en el trasfondo de esa denominación, una justificación política de la existencia del terrorismo. Sostiene el consejero de Interior, Rodolfo Ares, que el recuerdo de las víctimas del terrorismo debe ser un muro de contención «para que nadie caiga en la tentación de reescribir la historia». Una consideración tan certera como tardía porque el núcleo duro de Bildu, antes de su creación, ya estaba dedicado a dar la vuelta al relato . Dependerá de la consistencia de los partidos democráticos que el fin de la historia de ETA no se cierre en falso.

La comparecencia de Patxi López ante el primer Pleno de Política General ha suscitado tanta expectación que se le ha empezado a criticar antes de que se escuche su discurso. Si presenta la convivencia como la alternativa a la reconciliación, habrá ofrecido la llave necesaria para cerrar el relato más abominable de nuestra Historia. Pero quienes justifican su existencia en base al «conflicto» no le harán la mínima concesión.